



SANDULLO, Loreta Angelina. La construcción de la figura heroica del sujeto poético en “He vivido: me he muerto” de José Martí. *Revista Épicas*. N. 15 – jun 24, p. 95-106.

DOI: <http://dx.doi.org/10.47044/2527-080X.2024.v15.95106>

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FIGURA HEROICA DEL SUJETO POÉTICO EN “HE VIVIDO: ME HE MUERTO” DE JOSÉ MARTÍ

THE CONSTRUCTION OF THE HEROIC FIGURE OF THE POETIC SUBJECT IN “HE VIVIDO: ME HE MUERTO” BY JOSÉ MARTÍ

Loreta Angelina Sandullo¹

Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS)

Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP)

Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CIC-PBA)

RESUMEN: En el siguiente trabajo me propongo llevar a cabo un análisis discursivo del poema “He vivido: me he muerto” presente en el poemario *Versos libres* del escritor cubano José Martí, deteniéndome particularmente en la construcción de la figura heroica del sujeto poético. Para ello, tendré en cuenta los elementos que acercan el poema al género épico y las particularidades del modo de enunciación de un sujeto en primera persona que se configura como un ser sufriente y melancólico. Además, profundizaré en cómo esta configuración adquiere relevancia en relación con la experiencia de la modernidad.

Palabras clave: José Martí; sujeto poético; figura heroica

ABSTRACT: In the following work I propose to carry out a discursive analysis of the poem “He vivido: me he muerto” present in the collection of poems *Versos libres* by the Cuban writer José Martí. I will focus particularly on the construction of the heroic figure of the poetic subject. To do this, I will take into account the elements that bring the poem closer to the epic genre and the particularities of the mode of enunciation of a subject in the first person. This subject is configured as a suffering and melancholic being. Furthermore, I will delve into how this configuration acquires relevance in relation to the experience of modernity.

¹ Profesora en Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2024. Becaria de entrenamiento de la CIC-PBA. Dirección electrónica: loretasandullo@gmail.com

Keywords: José Martí; poetic subject; heroic figure

Introducción

Uno de los temas centrales que atraviesan el modernismo ahonda en el proceso de modernización urbana que tuvo lugar en el entresiglos XIX-XX en América Latina. Los cambios culturales producidos en este período generaron un impacto que dislocó los paradigmas tradicionales de la percepción del tiempo y de la propia vida. En este sentido, José Martí expresa las tensiones propias de la modernidad a partir del efecto de la vertiginosa temporalidad de lo nuevo. Escribió desde una de las pocas metrópolis existentes en el mundo de ese momento: una de las urbes más activas y modernas, la ciudad de Nueva York. De alguna manera, se encontraba encabalgado entre dos épocas, tironeado en una encrucijada que le provocaba angustia y desgarramiento. Asimismo, su lucha revolucionaria por Cuba fue marcando la percepción del tiempo presente y su anhelo de conocer y reconquistar lo propio. En este sentido, el objetivo de este trabajo es indagar en la utilización del tema épico como vehículo capaz de desentrañar las contradicciones y complejidades de un sujeto moderno que se exhibe como héroe y cuya figuración codifica nuevas formas de sensibilidad.

Desarrollo

En primer lugar, podemos notar que la materia del poema gira en torno a una representación alegórica específica en la cual la propia vida del sujeto se exhibe como un padecimiento similar a la muerte. El título del poema supone, entonces, una condensación de dos instancias presentadas como simultáneas. Al exponer un paralelismo entre vida y muerte, el sujeto poético se concibe como un hombre resiliente y apesadumbrado. Además, se caracteriza como un guerrero: la descripción de la armadura acompañada de referencias a hechos bélicos y los valores que este representa responden a esta configuración. De igual modo, esto contribuye a la alabanza de ciertos valores y creencias que estarían afincadas en la superioridad de un hombre que lucha, no solo como soldado en el campo de batalla, sino también como ser humano que lidia con las asperezas de lo cotidiano.

En este sentido, podemos pensar que la vida es equivalente a la muerte, como lo es también la guerra. El sujeto poético se construye como un guerrero que traslada y transita sus pesares y sus valores en ambos espacios. Podemos advertir estas cuestiones en ciertos pasajes: “He vivido: al deber juré mis armas” o “una armadura / del hierro montaraz del siglo octavo. / Menos, sí, menos que mi rostro pesa” (MARTÍ, 2018, p. 130). En el primer fragmento, la presencia de los dos puntos genera una idea de igualdad y equilibrio entre ambas acciones (vivir y jurar las armas) y los actos como guerrero muestran la alabanza de la lealtad y el deber. En el

segundo, el uso de la hipérbole enfatiza la magnitud del padecimiento de la vida y se compara, justamente, con la vestimenta de un antiguo guerrero.

Esta cuestión se retoma, de modo explícito, en los versos finales, donde el sujeto afirma el traslado y la unificación de ambos espacios de lucha: “La frente doy, y como jugo y copia / De mis batallas en la tierra miro / La rubia cabellera de una niña / Y la cabeza blanca de un anciano” (MARTÍ, 2018, p. 131). En este sentido, sus vivencias y su accionar como soldado (soldado en la vida y en la guerra) repercuten en un otro y configuran un camino esperanzador. A partir de esto, la vida del sujeto poético se formula como una narración de hechos heroicos que se extienden y repercuten desde lo individual a lo colectivo. Estos sucesos se construyen como representaciones ejemplares y modélicas de un tipo de comportamiento que el sujeto defiende con el cuerpo y con la palabra.

El uso de la primera persona configura una visión en la cual el poeta adquiere una actitud titánica y dominante que lo aleja del resto de los hombres. Podemos recuperar aquí las palabras de Rivera-Rodas expresadas al momento de desglosar los elementos constituyentes del concepto de poesía en Martí: “Esta imagen ha demostrado casi siempre estar ligada a un contexto muy propio de la concepción romántica: la soledad. En efecto [...] el vate es habitante solitario y atormentado” (RIVERA-RODAS, 1986, p. 843). En esta representación distintiva, el sujeto poético asemeja sus virtudes a las de un ser excepcional que, de igual modo, padece su destino heroico y se desplaza entre ambos puntos extremos: no quiere quejarse pero expresa su “desgarrador sollozo” y su “mortal sosiego”. Esto le impide identificarse con el resto de los hombres y, por eso, debe colocarse un disfraz para interactuar en ese espacio cotidiano. De este modo, su actitud es activa y dominante: recoge sus propios restos, observa y analiza, pasea frente a los “voraces hombres”. Además, el uso de los pronombres posesivos afianza su singularidad: “mis disfraces”, “mis armas”. Sin embargo, esto se contrasta con la metáfora del derrumbe y de la máscara, las cuales expresan una crisis individual que permite vislumbrar un dolor inmanente y eterno.

El dolor inacabable se fundamenta en la propia existencia y se advierte en la concepción temporal y circular, como un proceso repetitivo e infinito que va encadenándose en cada momento y que reafirma el sentido de derrumbe. Esto puede advertirse en la repetición de la frase “He vivido: me he muerto...”, pero también en la insistencia de su primera parte “He vivido:”, algo que continúa con la escenificación de un momento trágico y angustiante que da cuenta del acontecimiento de la muerte como una repetición incansable. En este sentido, se arrastra un dolor que acompaña la existencia y que podemos relacionar con la importancia que adquiere el presente de Cuba en la poética del autor.

En los años en los que Martí escribe sus *Versos libres*, entre 1878 y 1882, la lucha revolucionaria apenas está iniciada. Sin embargo, en el poema podemos advertir que el sujeto poético encuentra su motor y su impulso de vida en la batalla y en la lucha común. En este sentido, la agonía de la experiencia de la modernidad es apaciguada por los momentos de combate que le otorgan sentido a su propia existencia. Es decir, la soledad y la singularidad del poeta se transforman y se colectivizan y es por esto que su autofiguración heroica se vincula con el canto épico. Los aspectos románticos de su concepción poética se acercan a la configuración de un yo que esboza una actitud crítica frente a su tiempo, que engloba un sentir que lo excede y lo atraviesa en su subjetividad. Podemos advertir esto en los versos finales antes citados. La expresión de una doble crisis –del sujeto y, a la vez, política– confluye en una imagen visual (la de la niña y el anciano) que condensa el tiempo y la contradicción de su sentir. Además, esboza el peso de la lucha política en la búsqueda de apaciguar la agonía de la existencia en una sociedad convulsionada y caótica.

En este sentido, destacar que el poemario en el que se inscribe la poesía que analizamos fue escrito en el período mencionado adquiere relevancia porque este último año, 1882, coincide con la llegada del autor a la ciudad de Nueva York y también con la publicación del “Prólogo al Poema del Niágara”, en el cual Martí expone sus ideas en relación con los cambios que atraviesa la sociedad y cómo esto impacta en el sujeto y genera una crisis en sus costumbres, sus vínculos y su cotidianidad. En este texto, Martí reafirma su rechazo mediante la repetición del sintagma “ruines tiempos” (MARTÍ, 2005, p. 375) y describe el presente como una “época de tumultos y de dolores” en la cual “el hombre se revuelve y marcha con sus pasiones, fe y amarguras” (MARTÍ, 2005, p. 376). Estos pasajes aluden a espacios de conflicto que también se describen en el poema y a la búsqueda de la glorificación personal.

De igual modo, la exaltación del espacio bélico se condice con el interés por el retorno a los orígenes del hombre y al contacto con la naturaleza incontaminada. Esta idea sobrevuela en el poema a partir de las referencias a la tierra. En definitiva, en el proceso circular de la vida-muerte, el cuerpo volverá a la tierra en forma de polvo y se quitará los disfraces que lo revisten. La metáfora del disfraz adquiere así una doble interpretación: el cuerpo es disfraz del alma y a su vez es una vestidura que pretende esconder el dolor permanente de la existencia. En dicha metáfora lo natural se esboza como aquello que existe por debajo de lo impuesto tanto biológica como socialmente: por un lado, el cuerpo y, por el otro, el rostro mostrado para sobrevivir en el mundo. La comparación entre el cuerpo que caerá en la tierra y el monte muerto continúa con la referencia a las “inanimadas faldas”.

Esta preocupación se manifiesta de igual modo en el “Prólogo”, donde expresa el descontento por las imposiciones sociales que alejan a los hombres de su esencia, de su modo

auténtico de ser y de vivir: “No hay más difícil faena que esta de distinguir en nuestra existencia la vida pegadiza y postadquirida, de la espontánea y prenatal [...] Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados” (MARTÍ, 2005, p. 383). En este fragmento, se recupera nuevamente la idea de la máscara que sirve como rostro común, prestablecido y heredado y que permite la vida en sociedad. En el poema que analizamos, se deja ver que el sujeto poético padece en primera persona esta exigencia que lo aleja de sí mismo y lo limita: no lo deja morir pero tampoco vivir plácidamente.

En este contexto, la guerra pone en evidencia lo esencial, lo que une a los hombres y los vuelve a lo primigenio, al enfrentamiento eterno del hombre con la muerte. El ser humano se desprende de los disfraces y puede apreciar el sentido último del tiempo y su circularidad. En cuanto al aspecto moral, también en este espacio puede descubrir los valores universales y eternos que sientan las bases de las relaciones humanas. Es en esta línea que el sujeto poético busca sustentar su defensa moral, de la cual él es protagonista y ejemplo. Las referencias a la tierra (este lexema se menciona cuatro veces en todo el poema y recorre cada uno de los momentos estróficos, también aparece citado en el “Prólogo”) aluden a la vinculación del hombre con la naturaleza y valorizan ese espacio por sobre el espacio urbano. En este sentido, la luz se opone al sol: la primera adquiere un matiz pernicioso (se la describe como “implacable” y se la asemeja a los “voraces hombres”) y el segundo ilumina auténticamente y se personifica para ser testigo de las hazañas heroicas del sujeto poético. Frente a la luz, el sujeto se coloca sus disfraces y en la sombra puede hacer resurgir su esencia. La oscuridad se asemeja al espacio privado en donde se puede conectar con lo auténtico y natural del propio ser.

Esta idea se traslada también a la configuración espacial y se recupera, así, un pasado remoto que se glorifica. Este movimiento adquiere una representación particular que podemos develar si la vinculamos con las palabras de Carlos Javier Morales:

El poeta moderno, en efecto, se debate entre la angustia del tiempo real, lineal y sucesivo, y el tiempo originario, edénico, que desea conquistar por la palabra. De esta continua dependencia de dos coordenadas temporales aflora en la poesía la concepción de un tiempo cíclico, donde el ayer más remoto y el hoy más actual alternan ininterrumpidamente en la conciencia del poeta. Lo cual, a fin de cuentas, equivale a anular la concepción lineal del tiempo que la realidad histórica nos impone. (MORALES, 1998, p. 272)

En esta doble temporalidad cíclica e histórica podemos advertir la representación de un sujeto poético que se moviliza entre dos tiempos yuxtapuestos. En efecto, el tiempo presente define su experiencia de la modernidad, pero el tiempo pasado representa la búsqueda por mantener intacto aquello que es esencial e incontaminado por ese mismo tiempo moderno. Por eso, la forma de recuperar los valores del pasado: lealtad, fortaleza, empatía, autenticidad,

orgullo, sensibilidad, edifican un modo de ser ejemplar en el tiempo presente. A su vez, es la poesía el lenguaje que traduce y fusiona ambas temporalidades. Así adquiere sentido, además, la figuración del poeta como vate o mártir capaz de ver y traducir poéticamente cuestiones que van más allá de la simple percepción del hombre.

Asimismo, podemos evidenciar una dimensión ideológica y un posicionamiento de superioridad también en el rol de soldado. Esto se puede advertir en la importancia que adquiere la mirada en el espacio de batalla. El sujeto poético es capaz de tomar distancia de su propio accionar y retirarse metafóricamente de su cuerpo para ampliar la visión y expresar su emocionalidad. Esta capacidad le permite posar su mirada en el tiempo venidero y mostrar un halo de esperanza a los hombres futuros. En este sentido, el “cráneo inquieto” que se menciona en el poema podría aludir a la búsqueda incesante de decir, de expresar poéticamente una verdad oculta y de un intento de acción racional ante las adversidades del presente. También, como mencionamos anteriormente, podemos pensar en la vinculación entre la poética del autor y su propia vida. Tal como lo afirma Iván Schulman: “Además, solo en el caso de Martí hay un evidente, constante e ineludible enlace entre vida y arte, un nexo tan estrecho que a veces es difícil precisar la frontera entre el hombre de acción y el artista” (2018, p. 15).

Si tenemos en cuenta algunos de los rasgos clásicos del género épico y los extrapolamos a nuestra lectura de Martí, podemos advertir que el poema se vincula con la idea según la cual: “El poeta debe tomar su materia de la historia, pero Tasso sostiene con Aristóteles que el campo del poeta no es la verdad histórica, sino su semblanza”. En este sentido, se ha dicho que: “El autor debe engañar a sus lectores con la semblanza de la verdad; más aún, no es suficiente que los persuada de que están leyendo hechos y sucesos verdaderos, sino que los presente a sus sentidos de tal modo que crean verlos y oírlos” (KOHUT, 2014, p. 47). En el poema de Martí, las referencias a la guerra y el modo de vivir de un sujeto en crisis, que acarrea una angustia existencial, se construyen como verdades que el lector puede apreciar a partir de un lenguaje expresivo y metafórico. Dicho lenguaje entraña un modo de sentir y de percibir el presente que combina dos elementos, también mencionados en la teoría sobre el género épico: “El poema heroico exige ambas: la verdad de la historia y el adorno poético” (KOHUT, 2014, p. 52). Puede apreciarse que en el poema se combinan recursos retóricos que aluden a la búsqueda de representación verídica de un momento histórico particular (el presente) pero que se fusionan con la percepción en primera persona de un sujeto heroico que narra sus batallas de modo grandilocuente. Además, ciertos recursos estilísticos utilizados construyen un tono de solemnidad y de lamento que genera un modo de decir semejante al del canto épico. El encabalgamiento de los versos, las pausas, el hipérbaton, el uso recurrente de los dos puntos y de las comas van generando un ritmo elocuente, dramático y elevado que enfatiza la heroicidad

del hablante y de los eventos narrados. Estos elementos, de igual modo, acercan al poema a la concepción del héroe descrita en la teoría épica clásica:

Según la tradición antigua, aceptada plenamente por los autores del siglo XVI, los protagonistas de un poema épico debían ser héroes, para retomar la fórmula de Vida, lo que significaba, para la época, héroes guerreros. En efecto, todos los autores insistían en sus prólogos en el carácter heroico de su materia y de sus protagonistas. Según la misma tradición, los héroes debían pertenecer a la propia nación, tal como lo habían sido los de Homero y Virgilio. (KOHUT, 2014, p. 38)

A partir de los rasgos mencionados, podemos decir que el poema confluye en la representación del sujeto poético como un héroe que expresa su sentir pero que, además, en ello elabora una defensa de valores y modos de vida.

En el poema se advierte también un sujeto en posición de lucha, en conflicto, lidiando, en una batalla individual, con las contradicciones de la existencia moderna. Se enlazan elementos melancólicos con un final esperanzador que la voz poética encuentra en el otro, en el transcurso del movimiento vital representado por las figuras de la niña y el anciano. Esto se condice con la presencia simultánea de tristeza y fe que Martí menciona en el “Prólogo”. Ahora bien, en la defensa de su forma de ser, también expresa la importancia de no quejarse y manifiesta su deseo verdadero: “ni hablar, ni ver, ni pensar yo quisiera” (MARTÍ, 2018, p. 131). El sujeto poético se diferencia de la mayoría de los hombres contemporáneos, a quienes describe como “voraces”. Este adjetivo se torna significativo al relacionarlo con ciertos pasajes del “Prólogo” donde el avance tecnológico adquiere esta característica en relación con la naturaleza: “los ferrocarriles echan abajo la selva” (MARTÍ, 2005, p. 379). A su vez, los poetas se describen como: “hambrientos de ternura, devoradores de amor” (MARTÍ, 2005, p. 376), recuperando la misma referencia a la voracidad y el deseo, pero con signo positivo. A los hombres modernos, en cambio, se los describe con rasgos femeninos, como “hembras débiles” (MARTÍ, 2005, p. 377) o “damiselas” (MARTÍ, 2005, p. 375). En el poema, el sujeto se diferencia de las mujeres y con ello refuerza su defensa de los valores que habían sido transformados por el devenir de la modernidad, por las alteraciones culturales y los cambios en los paradigmas sociales.

En el “Prólogo al poema del Niágara”, Martí también hace referencia a esta idea de padecimiento en la propia vida y a la coexistencia de dolor y esperanza que está presente en el poema: “Del sufrimiento, como el halo de luz, brota la fe en la existencia venidera” (MARTÍ, 2005, p. 389). A partir de esto podemos advertir el sentido que adquiere la configuración del sujeto como guerrero y como hombre sufriente en una lucha contra el presente, en defensa de modos de ser que van transformándose de manera vertiginosa. La heroicidad, en un contexto

de modernización, se asienta en un sujeto que resiste, que es fiel a sí mismo y a su deber y que transforma el sufrimiento en esperanza. Iván Schulman dice al respecto de esta cuestión:

... armonizar y perfumar entrañan la lucha, el sacrificio. Por consiguiente, en los poemas de los *Versos libres* la figura del peleador, del gladiador o del guerrero asoma con la insistencia con que aparece en *Ismaelillo* [...]. En los *Versos libres* el poeta no se refugia en el consuelo de la blanca figura de alas diminutas. Va transitando el dolor, enfermo de culpabilidad (por la inacción), desmayado (SCHULMAN, 2018, p. 42)

Por su parte, Ángel Rama, en “José Martí en el eje de la modernización poética” (1983) menciona como manifestación más amplia del automatismo en Martí esta fórmula de “estar muerto en vida” que se repite en este y otros poemas. Según Rama, en este procedimiento no se produce una despersonalización, “pues el ‘yo’ está presente, en una sobrecogedora transparencia, como un testigo atento que ha alcanzado la calma y deja hablar en él al mundo” (RAMA, 1983, p. 125). La autfiguración del sujeto poético como guerrero adquiere un sentido particular al pensar que esta configuración funciona como escudo o resguardo del mundo que contempla y describe. A su vez, los valores que representa como guerrero aluden a una defensa de virtudes. A partir de esto, se puede advertir una lucha con los paradigmas de la vida moderna y con la percepción efímera y vertiginosa del tiempo. Por esto, la muerte y la vida ya no se distinguen y coexisten en un tiempo donde se entrecruzan el desgarramiento y la agonía con la serenidad y la calma.

En concordancia con esto, se vehiculiza una enseñanza moral en la cual el sujeto poético cumpliría el rol de modelo social ejemplar. Tal como explica Karl Kohut cuando analiza la escritura de Bernardo de Balbuena: “La moralidad del poema va disfrazada en la forma de alegoría, y sólo así sirve a la instrucción de la virtud” (KOHUT, 2014, p. 56). En este sentido, la heroicidad del sujeto poético estaría sustentada en la representación de virtudes tales como la fortaleza, la lealtad, la victoria, la solidaridad y la entrega. Desde los primeros versos, el sujeto poético se configura como guerrero haciendo referencia a un tiempo pasado y a la vestimenta bélica. En los versos siguientes, lleva a cabo una enumeración de grupos sociales y, al hacerlo, se distingue de ellos. En este punto, podemos observar cómo se coloca en un lugar de superioridad y de singularidad. Los grupos que menciona son considerados socialmente distintos, incluso inferiores: damas, menores, lacayos, aprendices de trova. Su singularidad no se debe a su estatus social sino al modo de afrontar estos sucesos y a su condición de guerrero y, como vimos anteriormente, también puede asociarse a su rol como poeta. A partir de esta distinción marcada por la encarnación de ciertos valores, su vida se torna ejemplar y su narración adquiere un sentido aleccionador.

El anclaje del poema en el presente (a partir de la conjugación de los tiempos verbales utilizados) tiene un matiz importante en la narración de hechos heroicos, al igual que la fuerte presencia del yo, es decir, de la voz del héroe en primera persona. Esto nos permite coincidir con la aseveración de que “*Versos libres* es el volumen donde leemos al Martí más ‘histórico’, al poeta que da un testimonio más directo de la existencia presente” (MORALES, 1998, p. 274). Es decir, el recorrido temporal de la vida del sujeto poético es en realidad una exposición que posibilita la historicidad de los versos y, a su vez, involucra la perspectiva existencial y la percepción del hombre moderno de modo retrospectivo. Sobre este punto, cabe recordar que se ha discutido, a lo largo de la tradición crítica, sobre la distancia histórica que debe o no tener la materia narrativa de la épica para ser considerada heroica (KOHUT, 2014). En este caso, la materia elegida corresponde indefectiblemente a la contemporaneidad del sujeto hablante, es decir, la distancia es nula. De igual modo, tiene la particularidad de presentar las hazañas de un héroe desde una mirada propia. Es decir, la exaltación heroica se construye desde la subjetividad del propio héroe y no desde la lejanía temporal.

Precisamente considerando esta cuestión temporal, podemos decir que el poema construye una visión hacia el porvenir, que elabora desde una mirada esperanzadora. A partir de esto, es posible afirmar que la vida individual está englobada en el devenir del hombre desde una concepción historicista: el destino es nacer y morir y estos acontecimientos se repetirán indefectiblemente, aunque la existencia sea un padecimiento. En consecuencia, los versos finales pueden interpretarse desde dos perspectivas más bien opuestas: por un lado, la esperanza en la continuidad del tiempo y su ciclo vital infinito. Por otro lado, la resignación de que el devenir será siempre igual y no hay alternativa posible para el hombre del presente y del futuro. En el primer caso, la vida tiene que ser explotada al máximo por su fugacidad e inmediatez. En el segundo, la tranquilidad llegará con la muerte y la pérdida de conciencia respecto a ese sufriente destino humano. Sin embargo, el ciclo vital se desprende “como jugo y copia” del accionar heroico del sujeto y, por lo tanto, sus hazañas adquieren un sentido universal y determinante para el futuro de los hombres. Es decir que en la construcción de la figura heroica del sujeto las instancias de vida y muerte son simultáneas y conviven en esta doble acepción.

Un tratadista clásico como Torcuato Tasso advertía que “la cercanía de los hechos hace difícil cumplir la exigencia de elegir un héroe perfecto, puesto que la cercanía hace ver, junto con las grandezas, también las debilidades” (citado en KOHUT, 2014, p. 48). Es interesante preguntarse si en el poema se construye una imagen de héroe imperfecto y a partir de qué elementos o caracterizaciones se logra eso. Además, esta cuestión se relaciona con la crisis y las contradicciones propias de esos tiempos a los que Martí hace referencia en su “Prólogo” y que aparecen también en la representación del héroe como guerrero. La contradicción se esboza en

niveles discursivos diversos: desde la estructura sintáctica de los versos, desde el plano semántico (vivir en una fosa andante), desde la temporalidad (vive y muere en el mismo instante) y desde el sentir (penoso y esperanzador por momentos).

Esta dualidad tiene un correlato en la mención del disfraz que, como ya dijimos, genera un desdoblamiento del sujeto poético que permite caracterizarlo desde una doble perspectiva. Por un lado, se trata de una impostura que deja entrever los aspectos oscuros que codifican su existencia, coexistiendo en un mismo cuerpo que lucha y resiste. Además, este elemento adquiere un sentido polisémico al expresarse en plural: “mis disfraces”. Es decir, su modo de ser, su esencia, debe configurarse para sobrevivir en las distintas esferas sociales, colocándose en los roles esperados. Claramente, esta imagen se conecta con el sentir ambiguo y contradictorio de un sujeto moderno que se desplaza entre lo público y lo privado; expresa la pérdida de intimidad a raíz de los cambios en estos aspectos de la vida, que obligan a colocarse una máscara para esconder lo verdadero. A partir de este quiebre de la figura heroica ingresan al poema elementos que revelan la presencia de un hombre común, cuya fortaleza no es innata sino una construcción tendiente a ocultar su fragilidad y que, en ese sentido, es también producto de una elección. Paradójicamente, mostrar mostrar este lado oculto, débil, realza su valor, porque ha elegido colocarse ese disfraz que le permite resistir y no rendirse: Sin él, “viérase súbito / Un cuerpo sin calor venir a tierra” (MARTÍ, 2018, p. 131).

Más adelante, en los versos finales, vuelve a expresar un deseo: “Ni hablar, ni ver, ni pensar yo quisiera!” (MARTÍ, 2018, p. 131). Aquí se advierte la debilidad expresada por el anhelo de no continuar viviendo y es este deseo el que conduce a la reflexión final. En una vuelta temporal, recupera el presente acompañado de una proyección hacia el futuro. Esta presencia del tiempo que puede notarse desde el título, como un recorrido por la vida del sujeto, marcada por el momento final de la muerte metafórica, vehiculiza un mensaje respecto del paso del tiempo. Los versos finales otorgan un sentido, un propósito según el cual el sujeto poético encuentra esperanza en la vida compartida con los otros.

En este sentido, la individualidad del poema se expande hacia la pluralidad y, de este modo, el héroe singular deviene un héroe colectivo. Si el dolor parece inclinar la balanza hacia el padecimiento, el sujeto adquiere consuelo al pensar en la repercusión de sus actos en beneficio del resto de los hombres. Es decir, el sentido de su existencia y de sus batallas es poder ser testigo del paso del tiempo en los otros. El cambio de color en el cabello de la niña y del anciano es un indicio de la vida en movimiento y de la victoria de la vida sobre la muerte. La relación es de retroalimentación: hasta los momentos de debilidad se ven fortalecidos por el gesto de proyectar su mirada hacia el exterior y detectar la repercusión de sus actos en el porvenir de la vida humana.

Consideraciones finales

Aunque claramente no estamos ante un poema épico clásico que recupera hechos legendarios de un héroe basados, con mayor o menor distancia, en una verdad histórica concreta (KOHUT, 2014, 47), encontramos en el poema martiano analizado una narración vinculada con la experiencia de la vida moderna, la ficción de una vida, que si bien puede anclarse en un presente determinado, no recupera una verdad histórica puntualmente significativa. El énfasis está puesto en la exhibición de una vida individual que se expresa desde una subjetividad para exhibir la nostalgia por el paso del tiempo y el peso de vivir. Sin embargo, como pudimos notar relacionar el poema con el “Prólogo” y en sintonía con lo expresado por Ángel Rama, la existencia personal entera que se traduce en la alegoría del poema representa un modo de percepción que atañe a una época determinada de conflicto y transformación (la modernidad), en la cual el sujeto transita agónicamente su experiencia de vivir y de sentir.

Además, estas cuestiones se muestran en concordancia con una concepción del poeta que se autorrepresenta como un mártir y revolucionario que tiene la capacidad de tomar elementos de su presente para construir un modo de decir auténtico y trascendental. A través de la poesía, el sujeto puede conectarse con lo esencial y, desde este lugar, puede también configurarse como una figura heroica, si bien ambivalente. Por un lado, expone los valores y modos de ser que hay que mantener y defender. Por otro, se muestra como un ser sufriente y solitario que se mueve entre dos tiempos y que lucha por un futuro esperanzador. Resulta inevitable asociar estos aspectos con referencias histórico-biográficas concretas, en concordancia con las facetas del autor propias de un hombre de acción y revolucionario.

Finalmente, podemos pensar que en el poema se configura un héroe cuya hazaña consiste en seguir viviendo y soportando los aspectos negativos y contradictorios de la propia existencia en ese contexto moderno. Las virtudes promovidas por el sujeto poético, además, son propuestas como modelos y ejemplos morales a seguir. Por esto, podemos decir que nos encontramos ante una épica de la vida cotidiana en los “ruines tiempos” de la modernidad.

Referencias bibliográficas

KOHUT, Karl. La teoría de la épica en el Renacimiento y el Barroco hispanos y la épica indiana. En: **NRFH**, v. 62, n. 1, p. 33-66, 2014.

MARTÍ, José. [Prólogo a] El Poema del Niágara [1882]. En: **Nuestra América**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005, p. 31-40.

MARTÍ, José. He vivido: me he muerto [1882]. En: **Ismaelillo. Versos libres. Versos sencillos**. Edición de Iván Schulman, Madrid, Cátedra, 2018, p. 130-131.

MORALES, Carlos Javier. Modernismo, modernidad y posmodernidad en la poesía de José Martí. En: **Anales de la literatura española contemporánea**, v. 23, n. 1-2, p. 249-276, 1998.

RAMA, Ángel. José Martí en el eje de la modernización poética: Withman, Lautréámont, Rimbaud. En: **Nueva Revista de Filología Hispánica**, v. 32, n. 1, p. 96-135, 1983.

RIVERA-RODAS, Oscar. Martí y su concepto de poesía. En: **Revista Iberoamericana**, v. 52, n. 137, p. 841-856, 1986.

SCHULMAN, Ivan A. Introducción. En: MARTÍ, José. **Ismaelillo. Versos libres. Versos sencillos**. Madrid: Cátedra, 2018, p. 13-52.